



CUERPO, POLÍTICA Y ESPECTÁCULO¹

Introducción

Explicar el papel que representa el cuerpo en la actividad política es el objetivo de este trabajo. Para ello utilizaremos la actuación de José Manuel Balmaceda, una personalidad controvertida en la época que le tocó actuar, entre otras razones, por el uso de prácticas políticas asociadas a su corporalidad que la transformaron en espectáculo.

Nuestro planteamiento esencial es que los viajes gubernamentales a las provincias de Chile realizados por José Manuel Balmaceda entre 1883 y 1891, constituyeron una forma de hacer política. Una práctica inédita en el país destinada a captar adhesiones y el apoyo popular que hiciera posible fortalecer la imagen presidencial en un momento de la evolución nacional en que la trayectoria histórica hacia una sociedad liberal había disminuido el poder político del Presidente de la República en favor del Congreso Nacional.

A través de sus desplazamientos fuera de la capital, Balmaceda hizo posible una instancia de representación del poder y de la sociedad en virtud de la cual no sólo amplió el espacio en que tradicionalmente éste se había ejercido en Chile, sino que, además, propició la participación en la vida política nacional de grupos normalmente ajenos a ella, intentando así fortalecer su situación política. Al hacerse presente en la provincia chilena, el presidente Balmaceda utilizó los sentimientos y valores asociados a la institución que personificaba, así como las características de su corporalidad, en favor de sus intereses políticos, la administración de la cual formaba parte y el Estado que encabezaba.

Para lograr sus objetivos, Balmaceda hizo de sus excursiones por el país verdaderos espectáculos en los que su figura representó el papel fundamental; pero en los cuales, y haciendo uso de todos los componentes de un desplazamiento oficial, se ofrecieron también instancias de integración de la población y de participación cívica de la sociedad de las provincias.

Creemos que el conjunto de los viajes de Balmaceda, junto con mostrar la fortaleza de un Estado que es capaz de hacerse presente a través de su máxima figura en casi cualquier rincón de su territorio, encarna una forma de gobernar que, a través de una nueva dramaturgia política, representó al Chile del último tercio del siglo XIX. Una sociedad en proceso de cambio, más heterogénea y más plural en lo político.

Balmaceda salió de la capital transformando el viaje oficial en una verdadera representación destinada a cautivar, a someter a través del uso del imaginario que la presencia del poder, del Presidente de la República, evocaba en quienes asistían o se imponían a través de la prensa de sus "teatrales" excursiones por la provincia. Practicó una verdadera dramaturgia política que



Rafael Sagredo B.

Instituto de Historia PUC

Conservador Sala Medina Biblioteca Nacional

buscó representar la formulación republicana del Estado en la provincia. Que transformó el territorio nacional en un escenario copado por su figura y por la institución que personificaba. Que se sirvió de los símbolos nacionales y de la historia patria para hacer partícipes de sus interpretaciones a la población nacional, pretendiendo que la sugestión que su presencia despertaba se abonara a lo que él simbolizaba en cuanto actor político cabeza de una administración, por lo demás progresista y emprendedora, en un país cuyo adelanto parecía no tener límites.

Son los trabajos, gestos, actitudes, palabras y planteamientos utilizados por José Manuel Balmaceda en su afán por atraerse la adhesión popular, por divulgar los logros de su administración, por expandir la acción del Estado en la sociedad y por mostrar la voluntad de la república en los territorios más recientemente integrados al destino nacional, tal y como fueron percibidos por la opinión al momento en que se estaban produciendo y expresando, lo que permiten apreciar el viaje gubernamental como práctica política, como espectáculo a través del cual se mostraron, tanto el gobernante como la población que lo acogió.

Veinticinco son los viajes que José Manuel Balmaceda realizó en su calidad de gobernante. De ellos, siete tuvieron como destino principal Valparaíso; tres La Frontera: en dos ocasiones se desplazó a Talca, Los Andes, la provincia de Concepción, la región en la que se desarrolló el conflicto militar de 1891 y la provincia de Coquimbo -una de ellas como parte de la gira al norte del país-; en tanto que en una ocasión viajó expresamente a Llico, Chillán, Pelequén, La Calera y Cauquenes².

Balmaceda utilizó sus viajes como un instrumento político, una práctica que en su concepto lo fortalecía ante el Congreso Nacional al colocarlo en una condición de liderazgo nacional, pero, también, en situación de recibir el respaldo popular, la adhesión de las provincias o, sencillamente, pero no menos significativo, las entusiastas manifestaciones debidas a su alta investidura. Confirma lo dicho el hecho de que la mayor parte de sus desplazamientos se verificaron cuando el apoyo que la opinión le brindaba comenzó a menguar como consecuencia de las luchas políticas que se sucedieron durante su administración.

El cuerpo

Las abundantes y variadas actividades que José Manuel Balmaceda desarrolló en sus también numerosas visitas a la provincia, junto con su reconocida capacidad oratoria, su siempre correcta presentación y su constante actividad, entre otros elementos, permiten sostener que Balmaceda utilizó su propio cuerpo, su físico y las características de su personalidad para captar adhesiones, provocar una situación favorable, influir en la opinión, crearse una imagen pública positiva. Por lo

pronto, Balmaceda siempre demostró una prevención especial por su aspecto exterior, el cual, invariablemente, llamaba la atención. Se le describe de apostura enérgica, semblante pálido, cabellos castaños y rizados, alto, de apariencia distinguida³. Se le recuerda como un orador brillante y de gran fuerza, de palabra fácil, siempre presto para hablar. Todas características que contribuyeron a su popularidad. De estilo declamatorio y ampuloso, Balmaceda siempre hablaba con entusiasmo, con una voz rica en entonaciones y variada en modulaciones. Un político que, en medio de los grandes oradores con que convivió, supo hacerse notar y llamar la atención de sus contemporáneos.

Con su figura elevada, esbelta y distinguida, Balmaceda se expresaba pasándose los dedos sobre sus largos cabellos en un gesto que, unido al agradable tono de su voz, a su pomposo lenguaje, su actitud correcta y su ilustración general, despertaba rápidamente la atención sobre su persona. Pese a haber sido un hombre de salón y modales refinados, Balmaceda no necesitó cambiar sus maneras para imponerse ante el público. Sin duda, fue un político alejado de las formas antiguas. Uno que no sólo tuvo un proyecto y un modo de ser moderno, sino que, además, se hizo representar como tal, como lo exhibe el óleo que Fernando Laroche pintó en 1891.

La preocupación de Balmaceda por las que alguna vez llamó "formas que seducen", por su aspecto, y en último término por la imagen pública que proyectaba, se refleja también en sus fotografías, especialmente en las obtenidas una vez que ocupó la Presidencia de la República. Ellas muestran que, en su afán por ofrecer una positiva proyección de sí mismo hacia la opinión pública, incluso, consintió en que se retocaran sus retratos.

Como se ha sostenido, en sus fotografías ofrece "porte presidencial", especialmente comparado con Santa María, quien aparece "de estilo más sencillo y campechano, más relajado y espontáneo". Por el contrario, Balmaceda se presenta más "entallado y obsesivo, más altivo y tenso", características que, observando los retratos que lo muestran en su juventud, permiten deducir que ellas sólo afloraron en el Balmaceda Presidente de la República posando para la posteridad.

De hecho, ni siquiera en el ministro Balmaceda se observa el "porte presidencial", todo lo cual permite suponer que Balmaceda en la presidencia quiso dar una nueva imagen de sí mismo y de la institución que en ese momento personificaba. Pretendió transformarse en "modelo, con su cara mejorada, seleccionada; representar un ideal social, darse como prototipo del caballero burgués"; mostrarse siempre elegante y distinguido gracias a su postura erguida, el mentón levantado y la mirada firme⁴.

Pero el sujeto que se fotografía entre 1886 y 1891 no es Balmaceda sencillamente. Es el Presidente de la República de Chile. De un país que tenía un alto concepto de sí mismo que el

Jefe de Estado no sólo compartía, sino que pretendía incrementar con su paso por la Presidencia, proyectándose así a la posteridad. En este contexto, tanto Balmaceda como el grupo dirigente del cual formaba parte, utilizó la fotografía, cuya materia prima es el cuerpo del individuo, para construir y proyectar una imagen; pero, no sólo una imagen individual, en especial, una imagen del país en el cual ellos creían encontrarse. Un país moderno, "civilizado y culto", como Balmaceda expresó alguna vez.

En él, la valoración de la belleza exterior y sensible operaba casi como una manifestación visible del bien en virtud de la cual ella es un rasgo propio y distintivo del gobernante o, a lo menos, de una clase social particular. En todo caso, e incluso independiente de ello, es obvio que Balmaceda pensaba que una noble apariencia física era una forma de imperio y representaba un útil y conveniente estímulo para mover voluntades y atraer lealtades. De este modo, y al igual que en las monarquías del antiguo régimen, la exacta y mejorada representación del gobernante a través de un retrato pasaba a constituir un asunto de Estado.

Además, y en virtud de la ya señalada costumbre de intercambiar retratos, como el que se reproduce, fue común que la imagen del gobernante se ofreciera como muestra de distinción y estimación para quienes recibían uno del Presidente. Pero también para la contemplación. Realidad que obligaba a reflejar en él la dignidad del gobernante, pretendiendo con ello transmitir una imagen de modernidad y, además, producir una reacción inmediata de respeto, estimación y, en especial, de adhesión política.

De esta manera, al hacerse y dejarse fotografiar, Balmaceda, al igual que otros hombres públicos de su época, utilizó su figura y su rostro para influir. Con una intención, para generar una opinión positiva; cierto, sobre el país, pero también sobre sí mismo. Pero, y a diferencia de la mayor parte de sus contemporáneos, Balmaceda también hizo uso de su cuerpo cuando se desplazó, se dejó ver, tocar y apreciar, cuando cautivó con su oratoria y con su personalidad.

Balmaceda, además de hacer uso de las funciones propias de cada uno de sus miembros y aprovechar sus variadas aptitudes intelectuales, transformó todo su cuerpo en un solo órgano destinado a provocar efectos sobre quienes lo observaran o se enteraban de sus movimientos. Junto con beneficiarse de las características relevantes que la sociedad atribuía a su persona a causa de su condición de Presidente de la República, Balmaceda Jefe de Estado hizo desempeñar a su cuerpo la función de órgano político, de artefacto generador de hechos y situaciones en la sociedad⁵.

Consciente del valor que su corporalidad representaba como instrumento político, Balmaceda hizo uso de ella buscando que ésta fuera apreciada por el mayor número de personas posibles.

Por eso, se mostró frecuentemente en público cuando no era común que los políticos buscaran el contacto con la masa. En una época en que los gestos teatrales, el roce, la agitación, el estruendo, la calle y la agresividad no formaban parte del comportamiento de los hombres públicos; cuando tampoco era costumbre que la figura presidencial se alejara del palacio de gobierno y tuviera contacto con personas de toda condición socioeconómica y, menos, que saliera de la capital; en tiempos en que el Presidente era una figura lejana, con un aura de prestigio que venía precisamente de esa imposibilidad de apreciarlo directamente, Balmaceda, repentinamente, lo pone en contacto con la multitud.

Balmaceda se alejó de la costumbre existente en el país y apeló directamente al pueblo, a la masa⁶. Y para llegar a ellos, para obtener su favor, para cautivarlos, no sólo utilizó su oratoria y las ceremonias públicas; se sirvió de sí mismo, de todo su ser, transformándolo en instrumento de su política⁷. Así, su cuerpo fue un objeto, un medio de propaganda de sí mismo, de sus objetivos, de su administración. Constituyó un componente esencial de las prácticas políticas de las cuales sus viajes forman parte pues, en último término, es el desplazamiento físico del cuerpo persona Balmaceda en el tiempo y en el espacio la esencia misma de los viajes que protagonizó.

Por otra parte, no es posible dejar de mencionar que fue haciendo uso de su cuerpo y de su vida que Balmaceda generó uno de los hechos políticos más trascendentes de la historia de Chile, esto es, su suicidio.

La política

José Manuel Balmaceda trató de contrarrestar las limitaciones que la evolución política nacional le había impuesto al poder presidencial, buscando el contacto y la cercanía de la población nacional, pretendiendo con ello, finalmente, obtener su adhesión. En este afán, y como su dinámico comportamiento lo muestra, Balmaceda sustrajo al Presidente de la rutina política existente, enfrentándolo, por ese solo hecho, a los grupos de poder establecidos encabezados por el Congreso Nacional. Por ello, precisamente, intentó ganarse el apoyo de sectores que tradicionalmente no habían sido objeto de atención del poder, especialmente de aquéllos asentados en la provincia, para lo cual, entre otros medios, recurrió a las representaciones que fueron sus excursiones fuera de la capital.

El fenómeno es significativo también en el sentido que, si hasta la llegada de Balmaceda a La Moneda, ésta había sido el espacio esencial del Presidente, el dominio donde sus actos tomaban un sentido político, cuando no de Estado; mientras que fuera de ella casi todas sus actividades adquirían el carácter de una acción personal del Jefe de Estado, ahora, con sus desplazamientos por el país como gobernante, tanto

dentro como fuera de La Moneda. Balmaceda seguía siendo el Presidente y sus acciones, actos oficiales. Esta situación, como se comprenderá, obligó a Balmaceda a representar su papel de Presidente casi permanentemente, generando también mayores oportunidades de ser apreciado y percibido por la opinión pública repartida a lo largo del país; pero también de ser desmitificado, desacralizado por el conocimiento, el contacto, la cercanía de su figura que así, también, fue perdiendo la áurea de prestigio que la lejanía da a toda autoridad.

En efecto, al ampliar el espacio temporal y el ámbito en que representó el papel de Presidente, Balmaceda restringió sus oportunidades de ser sólo él mismo, la persona y no la institución. Lo dicho provocó una confusión que conspiró contra la evolución política del país al limitar, hasta prácticamente hacer desaparecer, la impersonalidad en el ejercicio del poder. Ello, a su vez, perjudicó gravemente la institucionalidad al aparecer ésta asociada a una personalidad con una imagen pública cada vez más resistida por la opinión.

El desplazamiento y arribo de Balmaceda a una nueva población, especialmente en su condición de Presidente de la República, puso en acción concepciones, ideas y nociones relativas al Estado, la nación, el gobierno, el Primer Mandatario y el hombre que entonces la personificaba, presentes en los anfitriones y en la sociedad de la época. Una demostración de ello nos lo ofrece *La Unión* cuando, describiendo uno de los viajes de Balmaceda al sur, escribió que "la gente se atropellaba en las estaciones, para no morir, según decía, sin conocer de cerca lo que era un Presidente"⁸.

Toda persona más o menos atenta al acontecer nacional e informada de los avatares experimentados por el país en la época de Balmaceda, fue capaz de apreciar el significado que podía tener la visita gubernamental. En su condición de partícipe, cuando no protagonista de la acción del Estado en Chile, los desplazamientos de Balmaceda fueron una magnífica oportunidad para evocar la positiva evolución histórica nacional, pero, también, el papel que al gobierno liberal, en general, y a Balmaceda, en particular, le había cabido en este desenvolvimiento. Todo ello alentado por el entusiasmo, la euforia materializada en homenajes, objetos, actos y discursos que las poblaciones brindaron al paso de la comitiva encabezada por Balmaceda. Así, el gobernante no sólo se benefició de sus propias obras, también de una historia plena de triunfos y logros que el pueblo festejaba en él, en su presencia, con homenajes hacia su persona.

Distribuidos a lo largo de casi una década, así como por la mayor parte de los territorios que entonces integraban efectivamente Chile, los viajes de Balmaceda, en apariencia difusos y faltos de unidad, constituyeron un instrumento coherente para fortalecer la imagen del Estado, del gobierno y de su cabeza, el Presidente. Las travesías de Balmaceda, en medio de una administración

muy laboriosa, cuyas realizaciones se repartieron por la mayor parte del territorio nacional, hicieron posible también impulsar sus proyectos y ejercer su voluntad gubernativa con la inapelable garantía de su presencia.

Sus desplazamientos se constituyen así en un arma política en manos del gobernante, pues pretendieron captar adhesiones, consolidar apoyos, popularizar los actos y obras de la administración. Provocar un impacto duradero favorable al régimen⁹. Pero también, y especialmente tratándose de Balmaceda, buscaron hacer concreta la abstracción de la Presidencia gracias a la presencia del Jefe de Estado. Así, cómo no, se promovió sistemáticamente un verdadero culto al Presidente de la República, intentando obtener la voluntad de un pueblo que estuviera dispuesto a apoyarlo políticamente y, también, a defenderlo en caso de conflicto; a él o a la institución que personificaba.

En este sentido, los desplazamientos gubernamentales deben ser considerados como prácticas destinadas a revigorizar la figura presidencial, especialmente, ante la constatación de la pérdida de popularidad de la administración. Si se considera que el poder en general está sometido a constantes amenazas como la de la verdad que hace añicos las apariencias; la de la sospecha, que lo obliga a demostrar su inocencia y competencia, y, en especial, la del desgaste, que lo impele a mantenerse vigente, no puede dejar de señalarse que Balmaceda hizo de sus excursiones verdaderos alardes de dramatización destinados a enfrentar estos peligros.

Cada visita gubernamental oficial abrió la posibilidad de que las sociedades locales se exhibieran. Fue un mecanismo a través del cual éstas se dejaron ver, unas más espectacularmente que las otras, pero todas, en definitiva, se mostraron. Discursos, peticiones, leyendas en actos de bienvenida y la participación en los desfiles ante la autoridad de diferentes instituciones de la ciudad, de sus autoridades y sujetos más característicos, por ejemplo, representaron un arma política en la medida que fue capaz de llamar la atención, de impresionar al gobernante. En este sentido, la presencia de Balmaceda en la provincia y las dramatizaciones que ésta provocó, implicaron una dilatación de las formas de expresión de la sociedad ante el poder.

Las vistosas ceremonias y la asociación a momentos de esparcimiento, días festivos, a situaciones de poco común ocurrencia, como la iluminación de la ciudad, la elevación de globos o los fuegos artificiales, hicieron de la presencia de Balmaceda en la provincia un verdadero suceso. Ello explica que, en general, donde quiera que fuera el Jefe de Estado, fuera recibido con fervorosas demostraciones de simpatía, cuando no de júbilo.

Tales expresiones probablemente estuvieron motivadas por la noción popular que veía en el Presidente a un verdadero salvador, al instrumento capaz de solucionar todos los

problemas existentes. La imagen del gobernante dispensador de recursos, jefe de un Estado muy bien dotado económicamente, jugó también su papel en favor de Balmaceda. Por eso, éste no escatimó ofrecimientos, soluciones y medios para atender a las demandas de las poblaciones visitadas, mostrándose, en general, bien dispuesto y receptivo. Accediendo a muchas de las demandas de sus anfitriones, Balmaceda se atrajo la opinión, la aceptación popular, la simpatía de poblaciones siempre carentes, normalmente olvidadas y, definitivamente algunas de ellas, alejadas de todo núcleo de decisiones.

El espectáculo

Los desplazamientos de Balmaceda gobernante a la provincia constituyeron una forma de puesta en escena del poder, lo cual, a su vez, demuestra que en la época, como en todo período histórico, existió plena conciencia respecto del poder de la representación en la vida política¹⁰. Así, los viajes de Balmaceda, en lo esencial, fueron una dramatización del poder, cuyo objetivo fundamental fue el de suscitar imágenes políticas destinadas a producir efectos en la opinión pública.

Lo dicho supone aceptar que entre el arte de gobernar y el arte de la escena existe una relación íntima, y que todo sistema de poder contiene dispositivos orientados a generar consecuencias en el imaginario de los gobernados. De esta forma, el gobernante debe comportarse como un actor político si es que aspira a conquistar, acrecentar o conservar el poder. Resultado de lo cual su imagen, las apariencias que provoca, deberán adecuarse, corresponder a lo que la ciudadanía espera encontrar en él. De este modo, el consentimiento, el apoyo, la confianza de la opinión resultará, en gran medida, de las ilusiones producidas por el verdadero actor que es el político.

Por medio de sus excursiones, Balmaceda intentó transformar el imaginario, esto es, el poder representado por el Presidente de la República, en presencia que provocaba obediencia, simpatía, cuando no adhesión. En una sociedad sometida a "la dictadura de la voz", el uso de la palabra y del discurso le permitieron adquirir un poder prácticamente teatral al estar fundado, entre otros mecanismos, en la aceptación inmediata de la palabra pronunciada, en este caso, y no poco importante, por la personificación suprema del Estado, la persona del Presidente.

Balmaceda desempeñó el papel de un gran actor político que influyó, dirigió y condicionó el mundo real por medio del imaginario, de las representaciones existentes en la sociedad respecto de su figura, de lo que él encarnaba en cuanto Presidente de la República. Él mismo se convirtió en espectáculo, en sujeto-objeto de observación y de adhesión al representar el papel de Jefe de Estado. Así, por ejemplo, es posible percibirlo en la mayor parte de sus entradas en las poblaciones visitadas, todas ellas, verdaderas puestas en escena centradas en su persona-institución.

El Balmaceda que arribó a la provincia no era un político cualquiera, era el Presidente de la República, aquél que podía hacer uso de los símbolos nacionales y de su ordenamiento en un cuadro ceremonial que lo tenía como protagonista. Dicha situación, en último término, contribuyó a su legitimación ante la opinión, especialmente en momentos, como los de su administración, en que la Presidencia de la República estuvo envuelta en una controversia por el poder con el Congreso Nacional.

La dramaturgia política dispuesta en la mayor parte de los desplazamientos de Balmaceda, pretendió traducir, representar, la formulación republicana del Estado. En virtud de ella, el escenario, prácticamente copado por la figura presidencial, se convirtió en manifestación de los valores republicanos y nacionales. Por eso, en la mayor parte de las ceremonias que Balmaceda encabezó en la provincia, se interpretó la Canción Nacional y se engalanaron las calles con la bandera nacional y el escudo patrio; se ofrecieron honores militares; hubo desfiles de tropas, de escolares, bomberos e instituciones representativas; discursos histórico-patrióticos e, incluso, en ocasiones, fue posible apreciar la banda presidencial terciada sobre el Jefe de Estado. Todos ellos, elementos que simbolizaban la nación-república chilena, cuya cabeza era entonces el presidente Balmaceda¹¹.

Las imágenes y símbolos utilizados en sus representaciones en la provincia, muestran que el Balmaceda gobernante acudió a una herencia histórica y cultural reconocible para los sujetos participantes de ellas, tanto como para los que las presenciaron o conocieron a través de la prensa, que hizo posible su integración¹². Ellas representaron, tal como ha ocurrido en otras épocas y sociedades, una especie de reserva instrumental a disposición y al servicio de las necesidades del poder, el cual, normalmente, tiene el privilegio de administrarlas, como lo demuestra la actuación de Balmaceda.

Incluso, en este caso, la teatralidad política se extremó cuando éste, en un acto absolutamente dramático e inédito en la historia nacional, terminó sus días disparándose un tiro en la sien, dando con ello ocasión al surgimiento del mito del héroe. Como ha sido asentado, la autoridad del héroe es todavía más espectacular que la que engendra la teatralidad rutinaria y sin sobresaltos, como la de un desplazamiento por la provincia, pues, en último término, es la autoridad moral derivada de la fuerza dramática y testimonial de una acción que, en el caso que nos ocupa, es, además, final.

Balmaceda con su suicidio dio claras muestra de saber utilizar la sorpresa, de conocer las fuerzas históricas que animan las voluntades, de tal forma que su manifestación última, al fin y al cabo una expresión de poder, provocó la impresión que él buscó, proyectarse hacia la eternidad. Fue la transformación de

la escena política en teatro trágico, en el que su muerte física hizo posible su inmortalidad en cuanto ejemplo moral, como custodio de la forma y de los valores supremos de la sociedad; esto es, los principios republicanos.

Pero, independiente de su acto final, Balmaceda actuó en una sociedad en que las potencialidades dramáticas estaban limitadas por modos cada vez más participativos, establecidos sobre la base del principio de la representación y según los cuales el poder resultaba de la regla mayoritaria. En este contexto, el arte de la persuasión, del debate, la capacidad para crear efectos que favorecieran la identificación del representado con el representante, resultaban esenciales. De ahí la importancia de las nuevas técnicas puestas a disposición de la dramaturgia política como las elecciones, los medios de comunicación, la propaganda y las consultas a la opinión.

A través de ellas, los políticos, incluidos los gobernantes como Balmaceda, reforzaron la producción de apariencias, depositando gran parte de su suerte, de su destino político, en la calidad de la imagen pública que fueran capaces de generar. Imagen que, por otra parte, dependió de manera significativa de las obras que emprendieron. Lo dicho hace comprensible el empeño de Balmaceda por impulsar y ligar su administración con trabajos de progreso nacional.

Esta actitud explica la transformación del Estado en la administración Balmaceda en "Estado-espectáculo", en teatro de ilusiones cuya cabeza, el Jefe de Estado, representó el papel de encantador itinerante, siempre bienvenido, no sólo por la fiesta que representó su visita; especialmente, por las ventajas que ésta podía significar para la población anfitriona¹³.

De esta forma, el poder, es decir el presidente Balmaceda, acabó obteniendo la subordinación y adhesión también por medio de la teatralidad, la cual, en último término, representó también a la sociedad gobernada. La dramatización devolvió a la sociedad una imagen de sí idealizada y aceptable, normalmente magnificada, pues las expresiones del poder, en general, se adaptan mal a la simplicidad; siendo la grandeza, la ostentación, la etiqueta o el fasto, el ceremonial o el protocolo, lo que las caracteriza. Así, las ceremonias de embarque y desembarque, los actos emotivos, las largas comitivas, los carruajes presidenciales de origen francés, entre otros, no fueron más que algunos de los medios utilizados por Balmaceda para impresionar y cautivar, para hacer partícipe a las poblaciones de la gran representación que fueron sus desplazamientos a la provincia.

Pero Balmaceda comprendió también que el poderío político se manifestaba en la duración, inmortalizado, entre otros medios, en materia imperecedera, en obras materiales que ofrecieran un ejemplo de su "personalidad" y ambición de progreso. Tuvo, en palabras de un colaborador, "la vanidad de las grandes construcciones. Buscó ligar su nombre todos los edificios que

hacía levantar"¹⁴. De ahí el empeño en concretar su programa de obras públicas, cuya expresión más espectacular fue esa verdadera obra de arte que es el viaducto del Malleco, según él, "una construcción estimada entre todas las de su género como una de las primeras del mundo".

Todavía más, y siguiendo con lo que puede ser considerado una máxima de todo poder, Balmaceda también tuvo la pretensión de modificar, de acuerdo con las exigencias de las relaciones económicas, sociales y políticas de las cuales su administración formó parte, los espacios, los territorios sobre los cuales actuó. Tal aspiración explica sus constantes salidas a la provincia chilena, las obras que inauguró en ellas y la oportunidad de participación política que las prácticas puestas en uso por él dieron a quienes habitaban fuera de la capital.

En su afán por cambiar el país, especial significación tuvieron las líneas férreas. Por ello, afirmó refiriéndose a Chile: "si la naturaleza nos dividió de la región oriental por la muralla de piedra, si el mar nos separa del mundo, ofreciéndonos una huella de comercio tan ancha y barata como el océano, debemos completar la obra de la naturaleza unificando y extendiendo la viabilidad al interior del territorio". Así, los ferrocarriles no sólo representaron un instrumento de la intervención del Estado en la economía, un medio a través del cual promover el progreso nacional; además, uno de los recursos fundamentales para resistir los asaltos del tiempo, la base de la pretensión de Balmaceda de ser considerado por la eternidad. Recordemos que fue en la inauguración del viaducto del Malleco que afirmó, categórico y exuberante: "este grandioso monumento marcará a las generaciones venideras la época en que los chilenos sacudieron su tradicional timidez y apatía y emprendieron la obra de un nuevo y sólido engrandecimiento".

Como se apreciará, la aspiración de Balmaceda, fundada en sus líneas y obras ferroviarias, no se limitó a la modificación del paisaje geográfico; también pretendió relacionarse con un cambio de la mentalidad nacional. De esta forma, y considerando que en cada época el poder busca expresarse a través de obras materiales, por medio de sitios o edificios que expresen su naturaleza, que impongan su carácter mejor de lo que podría hacerlo cualquier discurso o explicación, el viaducto del Malleco, en particular, y las obras ferroviarias, en general, fueron para Balmaceda y su régimen su máxima expresión de poder, el espacio, la construcción simbólica que manifiesta la, tal vez, suprema aspiración del Presidente, esto es, la de hacer de Chile un país moderno, pasando él a la historia como el Mandatario que encabezó dicho tránsito.

Junto al espectáculo visual que en ocasiones por sí solo hacía innecesarias las palabras, como por ejemplo lo fue la observación de alguna de las grandes obras de ingeniería inauguradas por Balmaceda, éste también fue capaz de desarrollar un lenguaje propio, una expresión verbal del poder que encarnaba.

Balmaceda generó una retórica particular, es decir, recurrió a un léxico específico, a fórmulas y estereotipos, a reglas y modos de argumentación relacionados con las tareas del régimen liberal que pretendía encabezar y con el engrandecimiento económico del país que aspiraba a materializar.

Tales usos identifican su régimen desde el momento que lo constituyen parcialmente y contribuyen a dotarlo de un estilo que, en su caso, es el de la actividad, el del progreso material de Chile. Al igual que otras personalidades de la historia, Balmaceda fue capaz de imponer la marca de su palabra al Estado que conducía. Fue un estilista del verbo y del gesto que por medio de la palabra, a través de su fuerza y sus efectos, ilusionó lo real hasta lograr que sus ideas sobre la modernidad nacional acabaran cobrando vida. Balmaceda manipuló la realidad hasta hacer de ella parte de la teatralidad y la ambigüedad de su política.

El lenguaje del poder en Balmaceda, que por lo demás hace manifiesta las diferencias entre un antes y un después de su gobierno, se revela como válido al margen de la vida inmediata, de la trivialidad cotidiana. Con las alusiones a la historia nacional y a las consecuencias de su administración, remite a un más allá, en dirección al pasado, pero también al porvenir; a los fundadores, a una carta inicial y a sus principios, a una prospectiva que impone la gestión del futuro.

El presidente Balmaceda forma parte de lo que su época cree es una sociedad moderna y, por tanto, el espectáculo resulta esencial en cuanto manifestación pública del poder. En su caso, y como se aprecia al conocer sus viajes por el país, su escenario es el territorio nacional; en él se produce la dramatización de su quehacer como gobernante. La mayor parte de sus actividades en la provincia, especialmente aquéllas que dieron oportunidad a la participación de la población en masa y al despliegue de decorados patrióticos, pueden ser interpretadas como instrumentos de poder, celebraciones, fiestas, ceremonias en las cuales se produjo la transposición dramática de los valores y principios que el gobernante representa.

En una sociedad como la chilena del último tercio del siglo XIX, impregnada de nacionalismo y exitismo, en la cual el Estado impone a la conciencia colectiva la que podríamos considerar una representación global de la sociedad, ésta refleja los objetivos y aspiraciones del Estado. Así, el centro del espectáculo es el Presidente de la República, el Jefe de Estado, el garante del orden, la máxima autoridad de la nación, el gran dispensador de beneficios.

Es él quien, en cuanto encarnación de la Presidencia de la República, se ofrece como objeto de admiración y de orgullo de los chilenos. Por eso, Balmaceda se desplaza, se pasea por el país, siendo su objetivo no sólo el público que podía apreciarlo directamente, es decir aquél que aportaba su presencia y participación en los actos que encabezaba, sino que, también,

aquel otro, el invisible y disperso que a través de la prensa recibía las imágenes, y cuya significación política se encontraba en su número. A ambos buscaban cautivarlos, a través de los sentidos y por medio de una escenografía llamativa, en ocasiones, deslumbrante, las representaciones, las prácticas del poder.

Atento al hecho que para alcanzar dicho objetivo los recursos tradicionales no bastaban, Balmaceda inició la práctica sistemática de salir de La Moneda, de dejarse ver, de mostrarse por el país en medio de la aclamación mayoritaria de la población. Cabeza de un Estado moderno, Balmaceda -al igual que el Príncipe del florentino- calculó que para desempeñar su papel requeriría de todos los resortes al alcance del poder. Esta actitud es significativa si se considera que en razón de ella Balmaceda relegó a un segundo plano, cuando no olvidó, su calidad de persona privada, postergando, como su suicidio lo demuestra, su propia salvación personal frente a las necesidades de la *res política*.

Si el propio Balmaceda se concibió como el primer servidor de Chile y el depositario de la confianza popular para conducir al país por la senda del progreso hacia su engrandecimiento, a la vez que postuló un Estado realizador, activo partícipe de la vida nacional, no debe sorprender que él, en cuanto máxima autoridad, sea el protagonista de una representación de la sociedad en la que la nación se constituye gracias a la acción del Estado. Un Estado que, a consecuencia de su gestión en el gobierno y de su proyecto nacional, ya no sólo representa los intereses de la élite.

El gobierno de Balmaceda generó sus propias imágenes y espectáculos representativos de su imaginario. Ellos fueron concebidos como liturgias civiles, fiestas en las cuales colocar en escena los componentes esenciales de la sociedad y de la administración con el propósito de exponerlos y apreciarlos, pero, también, manifestarles su adhesión. En este contexto, fue la figura del Presidente de la República la que, en primera instancia, resultó más beneficiada.

Una vez en el poder, Balmaceda se fue situando progresivamente en escena, demostrando su poderío y fortaleza, especialmente económica; aprovechando los festejos y solemnidades histórico-patrióticas; las obras públicas; las cuestiones que interesaban a la sociedad. Acompañado de sus comitivas, formó verdaderos cortejos cívicos destinados a impresionar a las poblaciones visitadas, a demostrar su autoridad y, en virtud de todo lo expuesto, captar la adhesión de la opinión.

La mayor parte de las recepciones de las que fue objeto, sus entradas gubernamentales, representaron verdaderas exaltaciones de la Presidencia y su misión. En ellas, Balmaceda se mostró en su doble condición de Jefe de Estado y de político liberal. Como expresión de la nación, a la vez que estadista moderno, reconocido por sus afanes de progreso. De esta forma,

los temas, los símbolos, los actos, el contenido de los discursos pronunciados en sus visitas, están referidos al poder y a la autoridad que éste tiene sobre la república. El prestigio de la autoridad, como hemos apreciado, no sólo emanaba de la voluntad popular o de la riqueza del erario público, también de la continuidad histórica que la nación representaba en la Presidencia. O'Higgins - Prat - Vicuña Mackenna - Balmaceda fueron algunos de los nombres contenidos en las leyendas ofrecidas a Balmaceda a su paso por la provincia¹⁵.

El decorado de las calles, los motivos de los arcos de bienvenida, los conceptos de los editoriales de los medios de comunicación, entre los más significativos, proclamaban el respeto, la simpatía, cuando no la adhesión que despertó la figura del Jefe de Estado. Gobernante que, al pasearse en larga y llamativa procesión, mostrarse con aparato junto a un cortejo republicano en el que figuraban autoridades de todo orden, ofreció una representación de una magnitud tal que la ciudad entera que asistía a ella se veía involucrada, entrando a formar parte del espectáculo, transformándose la población en el escenario de una acción política de múltiples facetas.

A través de ella, se afirmaba la imagen pública del Presidente de la República, se exhibía su poderío, se alentaba a colaborar y continuar con la obra de progreso emprendida por el Jefe de Estado, se ofrecía la imagen de una nación integrada por la figura del Primer Mandatario. Pero, y en definitiva, también por medio de la representación, se subordinaba a través de un espectáculo que se repetía una y otra vez en cada población visitada.

De esta forma, los ciudadanos, al igual que los súbditos de las monarquías renacentistas, fueron objeto del poderoso efecto del espectáculo, tal vez uno de los medios más efectivos de desplegar estrategias políticas. La población visitada, por lo general, se entregó mayoritariamente al gobernante, le manifestó su compromiso para con su política. A cambio de ello, y en un fenómeno de doble faz, reivindicó sus intereses, buscó amparo para sus privilegios o protección para sus actividades disminuidas. Educó a la autoridad sobre la forma de ganarse su adhesión. Lo instruyó a través de metáforas, alegorías y espectáculos, pero también, en ocasiones, a través del uso de un lenguaje directo, tanto en los discursos que se pronunciaron en su presencia como en los escritos de peticiones que se le hicieron llegar durante su estadía. En este contexto, la visita gubernamental constituyó un vehículo para el diálogo entre la autoridad y la población.

Así, a través de la dramatización política que los desplazamientos de Balmaceda representaron, se consagraron, se conmemoraron, se difundieron ideas, se reclamaron adhesiones, se expusieron reivindicaciones. Ellas dieron oportunidad para evocar las libertades políticas conquistadas, los adelantos materiales introducidos, los progresos alcanzados y, especialmente, el porvenir que esperaba al país de continuar éste bajo la política

trazada. Todo, en medio del recuerdo de hazañas pasadas y del homenaje a los héroes patrios más reconocidos.

Ello representa una manifestación más de la práctica de la religión política con sus fiestas nacionales, conmemoraciones y celebraciones patrióticas a veces vinculadas a las ceremonias políticas y partidistas o a la persona del gobernante, a través de la cual la sociedad es conducida a su propio culto. Así, el pueblo soberano es sometido a su vez a un soberano metafórico: la patria y las instituciones republicanas de las que el poder no es otra cosa que el vicario.

Éste impone una imagen, por ejemplo de progreso y libertad en el caso de Balmaceda, que al no estar del todo conforme con la realidad existente en la época, lleva a la necesidad de producir efectos a través de, entre otros medios, sus viajes a la provincia chilena. Ellos asumen una función compensatoria de las carencias existentes al proyectar una imagen dinámica, realizadora y popular de una sociedad que, a pesar de sus autorrepresentaciones, todavía no alcanzaba la modernidad.

Todo lo dicho explica que alguna vez Balmaceda afirmara, confiado en su obra, que abrigaba un antiguo y profundo convencimiento "que el tiempo y la experiencia del gobierno han robustecido", y éste no era otro "que los gobiernos más débiles son los que más se empeñan en ser fuertes por el ejercicio incesante de la autoridad"; en tanto que "los gobiernos más fuertes son los que con más fe y energía se abandonan en brazos de la opinión pública, y se constituyen en simples ejecutores de la voluntad y de los designios del pueblo"¹⁶.

Tal vez la intención política no fue lo que la mayoría de nuestros lectores esperaba encontrar al saber de los viajes de Balmaceda a la provincia. Sin embargo, luego de su conocimiento y comprensión, lo más probable es que el carácter político de ellos no sorprenda y, por el contrario, parezca evidente. En nada diferente de lo que es posible apreciar en los políticos contemporáneos.

Inspirados en la política de la imagen, y por lo tanto con reminiscencias inevitables al arte del espectáculo, los viajes de Balmaceda constituyen una forma de asociar el poder no sólo a instituciones de carácter histórico, también a un personaje cuya presencia, su corporalidad, debe ser capaz de atraer hacia sí la más amplia adhesión.

Sin embargo, el fin de Balmaceda demuestra que, si bien en algún momento sus prácticas políticas le significaron la mayoritaria adhesión de la ciudadanía, lo cierto es que cuando ésta percibió que tras ellas se escondía la intención oficial de prolongar la costumbre de designar a su sucesor en el poder, ella, en su condición de opinión pública, reaccionó desfavorablemente, a través del mismo instrumento utilizado por Balmaceda para

obtener la adhesión popular, es decir, manifestándose, ahora en su contra, a su paso por la provincia.

Sin duda, a lo largo del siglo XIX, se aprecia una desacralización de la figura presidencial. De un tono respetuoso y solemne, mediatizado por los ministros de Estado, que colocaba al Presidente de la República por encima de los acontecimientos, de la política contingente, se pasa, hacia fines de la centuria, a un trato no sólo directo, incluso soez como lo demuestra la actitud existente hacia Balmaceda al final de su mandato.

De esta forma, si a través de sus excursiones fuera de la capital Balmaceda pudo producir imágenes favorables, paradójicamente, debió contemplar cómo esa capacidad se fue debilitando por culpa de su propio uso, al no dominar adecuadamente, como tal vez ocurre en la actualidad, la tecnología de lo simbólico y de lo imaginario. La última, la base de esa nueva forma de dramaturgia política que fueron sus viajes.

de 1870, Santiago, Imprenta Barcelona, 1910, p. 9. La primera edición de la obra citada es de 1870-1871.

- ⁸ Edición del 28 de abril de 1888.
- ⁹ Una muestra que la llegada del presidente Balmaceda representó un hecho trascendente e inolvidable para las poblaciones que alguna vez lo recibieron, es el telegrama que un grupo de vecinos de Copiapó le hizo llegar. En él se lee: "tenemos el honor de saludar a S.E. Presidente de la República, en el aniversario de su visita a Copiapó". La nota está fechada el 19 de marzo de 1890, un año después del viaje por las provincias del norte. Véase Sala Medina. Correspondencia de Balmaceda, volumen Telegramas 1885-1891.
- ¹⁰ Seguimos en este apartado los planteamientos de Georges Balandier. *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1994. Para este autor, no hay lugar en el mundo en el que los resortes del poder no se revelen idénticos y en el que los dirigentes no recurran, una y otra vez, a símbolos, ceremonias y ritos. También nos ha resultado útil el magnífico texto de Peter Burke. *La fabricación de Luis XIV*, Madrid, Editorial Nerea, 1995. En éste, y a partir de la iconografía relativa a Luis XIV, se analiza la fabricación de una imagen política, los elementos de propaganda, la manipulación de los medios de comunicación, etcétera, comprometidos en un proceso de esas características.
- ¹¹ La representación permitió a Balmaceda, hasta promediar su mandato, identificarse con el modelo de autoridad existente en el país, aquél que lo señalaba como el principal garante del régimen republicano y el máximo representante de la unidad nacional. Entonces, se convertía en la institución, la idea, de la cual él no era sino un reflejo material, corporal.
- ¹² Es preciso considerar, siguiendo a Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, España, Ediciones G. Pili, 1994, pp. 46-47, que la representación sólo puede darse en la esfera pública, puesto que no hay representación que pudiera considerarse "asunto privado".
- ¹³ La noción de "Estado espectáculo", en Balandier. *op. cit.*, pp. 20-22.
- ¹⁴ Fanor Velasco, "La Revolución de 1891. (De los papeles inéditos de don Fanor Velasco)", en *Revista Chilena*, N° LVI, 1922-1923, pp. 40-41. Según este cronista, la aspiración de Balmaceda fue "un error profundo", pues las edificaciones no se levantaban "con su propio dinero, sino con el de todo el mundo, y las posteridad olvida muy prontamente al que para hacer una construcción no ha tenido más que decretarla". Más allá de la certeza o no del juicio de nuestra fuente, lo cierto es que él mismo refleja que, para la sociedad de su época, la práctica y el estilo de Balmaceda resultaron reprochables y una fuente de críticas en su contra.
- ¹⁵ En Chillán, un orador solicitó a Balmaceda "la merced de disculpar mi atrevimiento y poder repetir aquí una estrofa que fue dedicada a O'Higgins" y cuyos primeros versos son: "Gloria a O'Higgins, el gran ciudadano/ En cuya alma no cupo ambición". El hecho constituye un ejemplo muy expresivo de las asociaciones que la población realizaba. *La Tribuna* del 12 de septiembre de 1888.
- ¹⁶ Véase su discurso en el banquete de despedida que el pueblo de Valparaíso ofreció al intendente Eulogio Altamirano, en *El Ferrocarril* del 9 de marzo de 1884.

¹ Texto preparado sobre la base de nuestro libro *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX*. Santiago-Ciudad de México, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y El Colegio de México, 2001.

² Nos hemos concentrado en las excursiones de Balmaceda que hemos podido registrar como viajes realizados en su calidad de gobernante, que se relacionan con el ejercicio del poder o la administración del Estado, con el aparato y las prevenciones que el desplazamiento de una figura de su naturaleza requería, y, además, que tuvieran alguna repercusión pública a través, por ejemplo, del debate parlamentario o de informaciones de prensa.

³ Hasta la pronunciación de Balmaceda fue objeto de distinción. Fanor Velasco, en su *La Revolución de 1891. Memorias*, Santiago, Sociedad "Imprenta y Litografía Universo", 1914, p. 52, recuerda una de las tantas tertulias en que tuvo oportunidad de participar junto al Jefe de Estado, afirmando: "el Presidente se expresaba con una seguridad de acero, con una calma imperturbable, y con su acostumbrado lujo de dicción".

⁴ Eduardo Devés, «La cara de Balmaceda: fotografía, psicología y mentalidad», en *La época de Balmaceda*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, pp. 25-34.

⁵ Aproximaciones ilustrativas de la relación entre órgano y función política, son las que nos ofrecen Le Goff, Heusch, Dupont y Marín, todos en Michel Free (ed.), *Fragments para una historia del cuerpo humano*, Madrid, Taurus, 1992. Obviamente, también el ya clásico estudio de Ernst H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, Alianza Editorial, 1985 (1ª edición, 1957).

⁶ Ricardo Salas Edwards, *Balmaceda y el parlamentarismo en Chile. Un estudio de psicología política chilena*, Santiago, Sociedad "Imprenta y Litografía Universo", I, p. 154, refiriéndose a los discursos de Balmaceda en su gira al norte afirma: "Balmaceda, rompiendo con la tradición, había establecido ya el sistema de levantar su voz para expresar directamente al pueblo sus ideas en todas las solemnidades públicas".

⁷ Lo que venimos sosteniendo habría sido imposible en un político chileno de comienzos de la década de 1870. Entonces, dos reconocidos conocedores de éstos afirmaron: "nuestros políticos son secos, austeros, taciturnos, reservados, graves". Justo y Domingo Arteaga Alemparte, *Los constituyentes*